H

ugo Francisco Ospina Giraldo, era su nombre. Ocupó tantos cargos que hacer un resumen de su hoja de vida agotaría toda esta edición de Contrapartida y me impediría rendir el sincero homenaje que se pretende. Uno de tantos. Uno más de todos los que merece.

Tuve la inmensa alegría de compartir con él varios y valiosos momentos, principalmente actuando como secretario de órganos de dirección y administración en los que él figuraba como presidente. Una persona de la que siempre se aprendía, sin que necesitara enseñar. Quien le dio prevalencia al cumplimiento de las normas, no solo las normas legales sino, sobre todo, las normas morales, por encima de los intereses o las ventajas. La defensa de los principios por encima de la obtención de los fines.

Aunque me pidió llamarlo por su nombre de pila, nunca lo pude hacer. “Señor Ospina” fue el tratamiento que siempre le di. La verdad nunca hallé otra manera diferente de hacerlo. Y es que por encima de todo eso era justamente lo que representaba: un señor. En todo el sentido de la palabra. Alguien que mantenía la ecuanimidad, la cabeza fría, tanto en los momentos de euforia y felicidad como sobre todo en las tempestades, que vivió muchas. Y las enfrentó todas. Y las superó todas. Cuando más arreciaban las críticas, muchísimas veces cargadas de ironía, de grosería, cuando el irrespeto se hacía presente, su respuesta fue siempre gallarda, pausada, imbatible.

Es difícil encontrar una anécdota que sobresalga entre tantas, pero recuerdo un día (porque fueron varios) en que para efecto de sacar adelante un trabajo tuvimos que hacerlo entre la 1:00 a.m. y las 5:00 a.m. Se excusó de no poder acompañarnos (sí, pidió disculpas por no estar ahí), pero estuvo desde su casa en la línea telefónica literalmente todo el tiempo, sin descanso, dándonos sus luces. También ocupan aun un lugar muy importante en mi biblioteca los libros de materias jurídicas, la mayoría en francés, que usó su hija en sus estudios académicos y que tuvo la generosidad de permitirme tenerlos para mi uso particular cuando ella salió del país.

Nos antecedió en el viaje al Oriente Eterno de la manera que quiso: rodeado de su familia, en la calma de los deberes cumplidos y con el respeto y la admiración de toda una profesión. Se sienta ahora en la misma mesa de Édgar Nieto, Juan José Amézquita y algún otro nombre que se me escape, en el olimpo de la historia de la Contaduría Pública de nuestro país.

La muerte no es necesariamente el fin de nada. Debe leerse, como todo, en un sentido más amplio y menos dogmático. Puede significar no contar más con la posibilidad de escuchar sus consejos directamente, pero sí con la de recordar con mayor cariño aquellos recibidos en el pasado. Su estado antecedente pasó ya, pero nace su estado consecuente, aquél que nos permite actuar en concordancia y en defensa de una serie de principios y valores que el Señor Ospina siempre enseñó con su ejemplo.

In memoriam.

*Donny Donosso Leal*